

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Cifras mexiquenses ■ Alto al triunfalismo

El triunfalismo priísta se congelaría si sus practicantes realizan un examen de conciencia y un análisis de la realidad electoral y política en el estado de México. El examen de las cifras, hecho a ojo de pájaro, ofrece realidades que sólo pueden contentar a quienes vivan al día, "de milagro, como la lotería" según el verso de López Ve-

larde. Pero quienes quieran avizorar el futuro sacarán provechosas lecciones de comprobar que la participación electoral disminuida es un riesgo de ilegitimidad, como lo es el que el PRI sea de más en más un partido minoritario.

Se inscribieron en el padrón electoral mexiquense 4 millones 507 mil 206 ciudadanos. La población total en el estado de México es como el doble de esa cifra, por lo que es posible conjeturar que un porcentaje importante de ciudadanos con derecho, y obligación, de empadronarse, no lo hizo. Sólo una tercera parte de los enlistados aparece votando en las elecciones del 11 de noviembre, según los números relativos a las elecciones municipales ofrecidos por la Comisión Estatal Electoral, que realizó un vasto trabajo de concertación e información contradicho por no pocos de los episodios que afearon la jornada electoral.

En efecto, el número de votantes llegó sólo a un millón 533 mil 983. Casi tres millones de personas, inscritas en el padrón y por lo mismo inducidas en principio a presentarse ante las urnas, no lo hizo. Será preciso indagar las causas, aunque no se nos oculten las dificultades de una averiguación de esa naturaleza, pues los ausentistas difícilmente confesarán en una encuesta que no acudieron a votar, y en consecuencia no explicarán sus móviles.

Conforme a las cifras oficiales, correspondieron a los candidatos priístas 814 mil 19 votos, cifra mayor que la alcanzada por ese partido en las elecciones federales de 1988, circunstancia utilizada

por el triunfalismo para cantar una victoria en tono tan vehemente que sólo resulta opacado por el ruido en torno de la derrota del Partido de la Revolución Democrática, al que se atribuye una pérdida de más de un millón de votos.

Sólo mediante un malabarismo mental, y muchas ganas de ser como el *Tío Lolo*, (el que se engaña solo) es posible comparar los resultados del PRD con los del Frente Democrático Nacional. El PRD es un partido nuevo, que por primera vez entra en las elecciones, que está en trance de organización y que debe resolver los problemas derivados de aglutinar en su seno fuerzas diversas. El FDN fue un frente electoral, integrado por muchos partidos (al final, cuatro de ellos con registro: el PPS, el PMS, el PARM y el PFCRN) y agrupaciones sociales. Ese Frente desapareció; y como también desapareció la circunstancia que le dio vida, es un juego estéril cotejar sus resultados con los del PRD, sin siquiera hacer el ejercicio de añadirle los votos de los tres partidos con los que se alió el PMS, cuyo registro es el utilizado hoy por el partido que encabeza Cuauhtémoc Cárdenas.

Engaño semejante es el que los priístas aplican a su propia votación. En rigor estricto, la votación más inmediata comparable con la de este mes es la de noviembre de 1984. No es útil para la compulsión la de 1988, porque era federal, y la fuerza o debilidad de los candidatos presidenciales matiza toda la elección. No lo es tampoco la de 1987 porque entonces se eligió también gobernador, y eso lleva más ciudadanos a las urnas (o más voluminosas cifras a los registros). En cambio, hace seis años se eligieron, como en este, diputados locales y ayuntamientos. Y entonces el PRI obtuvo un millón 382 mil votos, es decir, 50 por ciento más que lo ganado por sus candidatos el 11 de noviembre. En porcentajes del 75 por ciento de 1984 se pasó a alrededor de 55 hace veinte días. Si a la cifra actual le disminuimos el porcentaje de las casillas impugnadas, con fundamento, por la oposición, se verá que el tañer de campanas priístas sirve más para el autoensordecimiento que para el festejo de una ocasión realmente jubiloza.